

esos puntos las pestes apenas dejaron indios para cultivar los campos y cuidar los ganados.¹

Los trabajos excesivos á que fueron condenados los indios, los tributos exorbitantes que pagaban, el maltrato que en todos sentidos recibían, todo esto acabó de destruirlos.

Luego que el territorio mexicano se repartió entre los conquistadores, pusieron mayordomos duros y crueles para cobrar los tributos y entender en sus granjerías; hombres tan altivos que mandaban á los indios principales como si fuesen sus esclavos. «Son zánganos, dice Motolinia, que comen la miel que labran las pobres abejas que son los indios, y no les basta lo que los tristes pueden darles sino que son importunos. En los años primeros eran tan absolutos estos mayordomos en maltratar á los indios, y en cargarlos y enviarlos lejos de su tierra y darles otros muchos trabajos, que *muchos indios murieron por su causa y á sus manos*, que es lo peor.»²

En la reedificación de la ciudad de México, en la construcción del acueducto de Chapultepec y en otras obras públicas, perecieron también muchos indios.³ «Por manera dice Zurita, que no ha sido esto ni las obras de su república lo que los acaba, por la buena orden que tienen en trabajar en ellas, sino las obras públicas y servicio de los españoles, muy al contrario de su modo y de su paso. . . . lo que los ha consumido y aun consume en estos tiempos, es los grandes edificios de cal y canto que se han edificado y se edifican en los pueblos, viniendo á ello fuera de su natural, de tierra fría á caliente, y de caliente á fría, veinte, treinta, cuarenta y más leguas, sacándolos de su paso en todo, así en el trabajo como en el tiempo y modo y comida y cama muchos días y semanas, sin ningún refrigerio, haciéndoles trabajar desde que amanece hasta después de anochecido. Yo ví después de la oración que buena cantidad de indios llevaban arrastrando á cierta obra de un hombre muy principal una grande y larga viga; que era como un pino real de España, y cuando se paraban á descansar dábales prisa un negro que iba con ellos para les mandar,

1 *La Rea.* Op. cit., lib. 2, cap. 5.

2 *Motolinia.* Pág. 18.

3 *Motolinia.* Loc. cit.—*Zurita.* Apud. Ternaux, pág. 270, y en la Colección de MS. de García Icazbalceta.

con una correa en la mano, y comenzaba desde el primero hasta el cabo, dándoles azotes para que anduviesen y para que no se detuviesen descansando, no por ahorrar tiempo para que trabajasen en otra cosa, porque ya era pasado el día, sino por no perder ni dejar olvidar la mala costumbre que todos tienen de les dar y tratar mal; y como todos iban en carnes, que no llevaban cubierto más que sus vergüenzas, y el negro les daba de gana, pegábaseles bien el azote; y ninguno había que hablase ni volviese la cabeza, que en todo son míseros y sujetos, y es ordinario darles prisa y no dejarles resollar, y lastimarlos. . . . Hálos asimismo consumido llevarlos de mil y mil, y más y menos, con grandes y pesadas cargas de mercaderías reventando muchas jornadas, sacándolos de tierra caliente á fría, y de fría á caliente, que le es muy mortal y no usado entre ellos, cargándolos asimismo con sus recámaras, camas, sillas, mesas y demás jarcias de sus casas y servicio de cocina, y con las mujeres y muchachos y hombres por los caminos y sierras.»¹

Por este estilo se cargó á los indios con toda clase de trabajos; pero el que más de todos los destruyó fué el de las minas: allí fué donde los conquistadores pusieron el colmo á su inhumanidad, como que era de donde pensaban sacar las riquezas que codiciaban, y cuyo logro los traía á bandadas al Nuevo Mundo. «Los esclavos indios, dice Motolinia, que hasta hoy en las minas han muerto *no se podrían contar*; y fué el oro de esta tierra como otro becerro por Dios adorado, porque desde Castilla le vienen á adorar pasando tantos trabajos y peligros; y ya que los alcanzan plegue á Nuestro Señor que no sea para su condenación.»²

Los tributos que los españoles pusieron al principio á los naturales fueron tan excesivos, que daban á los castellanos cuanto poseían, llegando el caso de verse obligados á vender sus propios hijos para poder pagar. Muchos indios murieron en la cárcel como deudores del tributo, y otros sucumbieron en el tormento á que se les sometía para que confesasen dónde tenían sus tesoros.³

1 *Zurita*, MS., en la Colección de García Icazbalceta.

2 Pág. 18. Véase también *Zurita*, págs. 277 y 278.

3 *Motolinia*, *Zurita*, Op. cit.

Todo esto lo vemos confirmado con el dicho de un varón respetable, el Sr. Zumárraga, primer obispo de México: él nos dice que los gobernadores Salazar y Chirino robaban de todas maneras, arrestaban y daban tormento á los jefes indios para quitarles su oro y sus alhajas; que hubo trabajos materiales en que ocupaban los españoles á los indios sin darles un momento de reposo, ni aun los días de fiesta, y ni siquiera un puñado de maíz con que alimentarse, muriendo algunos de fatiga; que Nuño de Guzmán destruyó completamente la provincia de Pánuco, de donde sacó un número considerable de indios libres para venderlos en las islas como esclavos, cosa que causó tal espanto en los naturales, que abandonaron sus habitaciones y se refugiaron en los bosques, repugnando acercarse á sus mujeres por no engendrar esclavos; que á una gran parte de la población se forzaba á trabajar en México, cargando aun á los niños y mujeres en cinta, de lo que últimamente habían muerto ciento treinta y cinco personas; que en los caminos era mucho lo que los españoles maltraban á los indios haciéndolos servir de bestias de carga, y no dándoles de comer, lo que ha hecho perecer un gran número; que los españoles quitaban á los indios sus hijas, sus hermanas y aun sus esposas.¹

Todavía podríamos llenar muchas páginas citando autores que confirman la realidad de este triste cuadro. No hacemos más que abrir los libros que tenemos á la mano sobre la historia de la conquista y el establecimiento de los españoles en México, y nos encontramos ya con que se acusaba á Nuño de Guzmán de haber hecho perecer de fatiga más de quince mil indios de carga, ya con que se echa en cara á los españoles su avaricia, desorden y pereza, y que sólo se ocupaban en sacar de los indios todo el provecho posible,² ya sabemos que todos los caciques huastecos son encerrados en un gran cuadro de madera, y después de atarlos se prende fuego al combustible, quedando desierta su provincia, que era antes de las más pobladas.³ Los antiguos señores del país fueron despojados de sus bienes. «He visto con mis propios ojos, dice el P. Witt, al antiguo

1 Cartas de Zumárraga, en Ternaux, vol. 16.

2 Carta de los oidores Salmerón, etc., op. cit., pág. 145 y 184.

3 Carta del P. Witt, op. cit., pág. 286.

señor ir á labrar su campo como un miserable aldeano, y confieso que he derramado lágrimas de compasión.»¹ En 1547 los indios de Yucatán se sublevaron porque los españoles les quitaban sus mujeres y sus hijas, los majaban á palos, les quebrantaban los brazos y las piernas, les daban muerte y los agobiaban con tributos excesivos.²

«Del día en que D. Hernando Cortés, Marqués del Valle, entró en esta tierra, dice el Dr. Ceynos, en su *carta al Emperador*, en los siete años poco más ó menos que la conquistó é gobernó padecieron los naturales grandes muertes y se les hicieron grandes malos tratamientos, robos y fuerzas, aprovechándose de sus personas y haciendas sin orden, peso ni medida; porque cada uno se aprovechaba á su voluntad y como le parecía, y conforme á la orden que les daban que era decir que se sirviesen de ellos en sus haciendas y granjerías sin limitación alguna: disminuyóse la gente en gran cantidad, así por los excesivos tributos y malos tratamientos como por las enfermedades y viruelas, de manera que en este tiempo faltó muy grande y notable parte de la gente y en especial en tierras calientes. Vino la primera audiencia que V. M. mandó proveer, fin del año de 27, y continuaron los trabajos de estos naturales poco menos que al principio, y permitieron hacer gran cantidad de esclavos de los naturales; y los servicios personales como antes, que era una servidumbre durísima, así en dar comidas y servicios, como edificios suntuosos, poniendo los materiales de sus casas y trayéndolos en sus hombros y espaldas, que con los trabajos no tenían tiempo para ser instruidos, de lo cual había poco cuidado.»³

Todos los hechos de esa clase á que dió lugar la conquista eran tan patentes, que el mismo rey de España decía en su Cédula de 17 de Noviembre de 1526 estas notables palabras: «Estar certificado y ser notorio que la desordenada codicia de algunos de sus súbditos. . . . y el maltratamiento que fisieron á los indios. . . . peor que si fuesen esclavos. . . . había sido la causa de la muerte de gran número

1 Op. cit., pág. 288.

2 Carta del P. Bienvenida á Felipe II, en Ternaux, vol. 10, págs. 311 y 312.

3 Carta del Dr. Ceynos al Emperador, en los Documentos para la historia de México, publicados por García Icazbalceta, tomo 2º, pág. 237 (en prensa).

de ellos, en tanta cantidad que muchas de las islas y parte de tierra firme quedaron yermos y sin población alguna de los dichos indios.¹

SEGUNDA CAUSA DE LA DEGRADACIÓN DE LOS INDIOS

¿Y ese maltratamiento de los indios qué resultado podía dar en los que escapaban la vida? El noble reducido á la miseria; el plebeyo tratado como bestia; el hijo separado de sus padres; la esposa de su marido; el hombre libre reducido á la esclavitud; el esclavo muerto de fatiga, y sin retribución alguna por su trabajo. La consecuencia de todo esto debía ser el aniquilamiento total del ánimo, el abatimiento moral más completo, hasta la pérdida de la esperanza. No le quedaba al desgraciado indígena más recurso que doblegar su triste frente, sufrir en silencio, ahogar en el alcohol, cuando le era posible, sus tristes recuerdos, morir abandonado como un animal despreciable. He aquí, pues, ya segunda causa de la degradación de los indios, *el maltratamiento que les dieron los españoles.*

PRIMEROS ACTOS DE LOS CONQUISTADORES PARA INTRODUCIR EL EVANGELIO.

Y, sin embargo, todos los hechos referidos se cometían á nombre del Evangelio. «Como traímos la bandera de la Cruz y pugnábamos por nuestra fe, nos dió Dios tanta victoria, que les matamos mucha gente,» dice Cortés hablando de una de sus campañas.² ¡La cruz y la matanza! He aquí un contraste mayor acaso que el de los sacrificios humanos entre los aztecas.³ Pero, lo repetimos, para comprender y juzgar á los hombres es necesario remontarse á su época, estudiar el espíritu de su tiempo, identificarnos con sus preocupaciones. Quien vió allá, en tiempos pasados, las guerras de las cruzadas, ¿podiera creer que llegase un día en que los soldados de la Cruz peleasen al lado de los de la media luna?

1 Navarrete. Documentos para la historia de España, tom. 1.º pág. 111.

2 Op. cit., pág. 69.

3 Véase la primera parte.

Para entender, pues, lo que vamos á decir acerca del empeño que mostraba Cortés por la introducción del cristianismo en México, y conciliar ese empeño con los hechos que hemos referido, es preciso que nos penetremos del carácter de los conquistadores, formado de tres sentimientos, que aunque parecen incompatibles, de hecho los dominaban: el espíritu militar y guerrero llevado hasta la barbarie; el deseo de riquezas convertido en una insaciable codicia; el sentimiento religioso exagerado hasta el fanatismo. Aquellos hombres eran vehementes en sus pasiones, nada sentían á medias; nosotros los hijos del siglo XIX tenemos más calma, nos reimos de las pasiones fuertes, no porque seamos más virtuosos, sino porque hemos comprendido mejor la moral del interés. Había entre el carácter de los conquistadores y el nuestro la misma diferencia que en el vestido: ¿quién de nosotros podría soportar el pesado casco, cargar la doble armadura, manejar la terrible lanza?

Habiendo permanecido algún tiempo los conquistadores en Tabasco, que fué uno de los lugares de la Nueva España que visitaron primero, no quisieron abandonarla sin convertir á los indios al cristianismo, y al efecto Hernán Cortés les predicó un sermón digno del misionero más fervoroso. Un historiador de la época cree que aquel discurso bastó para convertir á los naturales, pues dice que «tanto les predicó Cortés que quebraron sus ídolos y recibieron la cruz, habiéndoles declarado primero los grandes misterios que en ella hizo y pasó el hijo del mismo Dios.¹ Extraño es que en media hora pueda cambiar un pueblo su antigua religión por otra desconocida y difícil de comprender; pero los españoles con la mayor buena fe, dieron entonces por consumada su piadosa obra.

Parece que no disgustó á Cortés el cargo de predicador, sin duda por el provecho que había sacado en Tabasco, pues en Cempoala volvió á tomar la palabra en contra de los ídolos y á favor del cristianismo. Sin embargo, los indios de allí manifestaron que eran tan grandes idólatras como fervorosos cristianos los españoles, pues declararon «que ellos no habían de derribar sus ídolos; que no era con su consentimiento; que si los españoles los querían derrocar que

1 Gomara. Pág. 311.

hicieran lo que les pareciera.» Al oír estas palabras los españoles pasaron á las vías de hecho, y por primera vez los atónitos naturales vieron á unos osados extranjeros derribar sus toscos y deformes dioses, sin que éstos mostrasen el menor enfado ni diesen señal de enojo, no obstante que aquel acto nefando se consumaba en medio de las lágrimas del pueblo indígena.¹

También en Tlaxcala intentó Cortés la conversión de los indios; pero aquellas gentes como más avisadas, y á fuer de prudentes, le dijeron, unos «que de grado lo hicieran siquiera por complacerle, sino que temían ser apedreados del pueblo; otros que era recio descreer lo que ellos y sus antepasados tantos siglos habían creído, y sería condenarlos á todos y á sí mismos; otros que podría ser que andando el tiempo lo harían viendo la manera de su religión, entendiendo bien las razones por qué debían hacerse cristianos.»²

A la verdad que los indios tenían razón en pedir que se les explicase lo que habían de creer y en solicitar treguas para pensar lo que se les proponía; pero probablemente estas discusiones no eran muy del gusto del fogoso conquistador, de modo que en México, con gran escándalo y asombro de Moctezuma y de su corte, comenzó Cortés, antes de predicar, por echar abajo los ídolos más venerados, poniendo en su lugar imágenes de la Virgen y de los santos. Tampoco en esa vez dieron los ídolos señal ninguna de vida, no obstante que los naturales aseguraron que se enojarían.³

De esta rara manera se marcó en México la transición de la idolatría al cristianismo, valiéndole á Cortés sus devotos esfuerzos el que se le haya comparado con Judas Macabeo.⁴

LLEGADA DE LOS MISIONEROS. SU BENÉFICO INFLUJO.

Bien comprendió, sin embargo, el conquistador que no era fácil empuñar al mismo tiempo la espada y vestir el sayal; de manera que cuantas veces escribió al emperador,

¹ Bernal Diaz. Cap. 51.

² Gomara. Pág. 334.

³ Cortés. Op. cit., pág. 153.

⁴ Idem. nota de Lorenzana, pág. 155.

otras tantas le rogó, con el mayor encarecimiento, que le mandase misioneros para instruir á los indios en la religión católica. Pedía Cortés que precisamente se le mandasen «personas religiosas y muy celosas de la conversión de estas gentes, y que de éstas se hagan casas y monasterios por las provincias que acá nos pareciese que convienen, y que á éstas se les dé de los diezmos para hacer sus casas y sostener sus vidas, y lo demás que restase de ellos sea para las iglesias y ornamentos de los pueblos, donde estuvieren los españoles, y para clérigos, que las sirvan; y que estos diezmos los cobren los oficiales de V. M., y tengan cuenta y razón de ellos, y provean de ellos á los dichos monasterios, é iglesias, que bastará para todo, y aun sobra harto de que V. M. se puede servir. Y que V. M. suplique á su Santidad, conceda á V. M. los diezmos de estas partes para este efecto, haciéndole entender el servicio que á Dios nuestro Señor se hace, en que esta gente se convierta, y que esto no se podría hacer, sino por esta vía; porque habiendo obispos y otros prelados, no dejarían de seguir la costumbre, que por nuestros pecados hoy tienen, en disponer de los bienes de la Iglesia.»¹

No desoyó el emperador las súplicas de Cortés, pues el año de 1523 mandó al venerable Fr. Martín de Valencia, varón de ejemplar virtud, á la cabeza de doce frailes franciscanos. Más adelante vinieron los dominicos, cuyo principal fundador fué el venerable Betanzos, y así sucesivamente fueron llegando otros muchos sacerdotes regulares y seculares.

Descanse aquí nuestra pluma del merecido reproche y de la justa crítica que largo tiempo la han impulsado. Callan las pasiones de la tierra al aspecto de esos santos varones en cuyo pecho no tenía cabida el odio, en cuya cabeza no germinara la ambición, cuyas manos jamás se mancharon con el apetecido oro, y que desprendidos completamente de la tierra, sólo en el cielo tenían puestas sus esperanzas.

Cortés mismo dobló su altiva frente á la vista de los misioneros; apenas sabe que se aproximan á México, sale á su encuentro con el terrible Pedro de Alvarado y otros ca-

¹ Cortés Op. cit., pág. 600.

balleros españoles, así como también con varios caciques é indios principales; pónese de rodillas delante de los religiosos, y con toda humildad besa sus manos venerables. Lo mismo hicieron todos los acompañantes de Cortés, con grande admiración de los indios que no podían comprender cómo aquellos hombres invencibles, tan fuertes y valerosos, se humillaban ante unos seres de aspecto pobre y despreciable.¹

Bien pronto comprendieron los indios la diferencia que había entre los recién venidos y los demás españoles que habían tratado. El primer contraste que les debe haber sorprendido fué seguramente el desprendimiento del oro, que tanto estimaban los conquistadores. «A predicar el Evangelio, decían los misioneros á los indios, nos envía aquel Señor y Prelado universal, y á esto sólo venimos nosotros de tan lejas tierras, y con tan grandes peligros de la vida como se ofrecen en tan largo viaje de mar y tierra, y no á pretender ni buscar oro, ni plata, ni otro interés, ni provecho temporal, sino el perpetuo de vuestra salvación, como con el favor de Dios lo pondremos por obra y lo veréis.»²

El primer servicio que los misioneros prestaron en México fué impedir que los españoles, divididos en bandos, viniesen á las manos,³ y después de esto, muchas veces los misioneros, y sólo los misioneros, reprimieron las rebeliones intentadas por los indígenas, rebeliones que para los mismos indios hubieran llegado á ser de funesto resultado, siendo cosa notable que en una habida en Yucatán, sólo dejó de sentirse en los lugares donde los misioneros recibían á los niños indígenas para educarlos.⁴

La primera persona que desempeñó el cargo de protector de los indios fué un religioso, el obispo Zumárraga, y lo hizo con tanto empeño que algunos le han tratado de imprudente; pero lo cierto es que aquel respetable prelado no omitió medio ninguno para proteger á los indios, primero dirigiéndose en lo particular á los conquistadores, luego predicando en público contra sus excesos, y al fin castigándolos con la excomunión y anatemas de la Iglesia, no

¹ *Torquemada*. Monarquía indiana. Lib. 15, cap. 10.

² *Torquemada*. Loc. cit., cap. 11.

³ *Motolinia*. Pág. 143.

⁴ Carta del P. Bienvenida á Felipe II, loc. cit.

omitiendo el medio más eficaz, que fué el de dirigirse al emperador á nombre de los naturales. Vemos á los indios en aquel tiempo dirigirse al virtuoso obispo, refugiarse con él, exponerle sus querellas, contarle los agravios que recibían. «Yo nunca permitiría que se hiciese la guerra á los indios que no nos atacan, y que tal vez nunca han oído hablar de la religión cristiana. A las almas es á quienes debe hacerse la guerra enviándoles religiosos, como Jesucristo en otro tiempo enviaba sus apóstoles.» Estas eran las máximas humanitarias del Sr. Zamárraga.¹

Los conventos fueron muchas veces el asilo de los indios perseguidos por la codicia ó la saña de los conquistadores, y el P. Motolinia, cuyos escritos tantas veces hemos citado, pudo escapar una vez en el convento de Huejocingo, á los principales caciques de ser conducidos á los trabajos públicos.²

Por otra parte, los misioneros daban en sus costumbres el mejor ejemplo: vestían trajes pobres y sencillos, dormían en una estera con un palo ó manojo de yerbas por almohada; su comida era pan de maíz, pimienta (chile), tunas y cerezas. Todo esto, sus vigiliias, sus oraciones, las penitencias que ejercían, su modestia, aquel empeño por enseñar y defender á los indios, todo obró en el ánimo de los naturales á favor de los religiosos. Estos eran sumamente mansos y benignos con los indios, y si los reprendían era en secreto para no avergonzarlos. De esta manera los misioneros ganaron completamente la voluntad de los naturales, se regían éstos únicamente por sus consejos, y les cobraron más amor que á sus mismos padres.³

En el capítulo que los frailes menores celebraron en 1538 se acordó la supresión de algunos conventos, y creyendo los indios que los iban á dejar sin religiosos, produjo esto un grande alboroto. Hubo lugar donde se reunieron más de diez mil indios, y puestos de rodillas delante del Santísimo Sacramento piden con gritos y lamentos que no los dejen desamparados, siendo tal la compasión que inspiraban, que los mismos frailes se deshacían en lágrimas. «Padres nuestros, decían los indios, ¿porqué nos desamparáis ahora,

¹ Cartas de Zumárraga y documentos que las siguen, en Ternaux, t. 16.

² Carta del P. Santa Maria. Op. cit., pág. 83.

³ *Torquemada*. Lib. 15, cap. 37.—*Motolinia*. Pág. 166 y siguientes.